



EL BARCO
DE VAPOR

Kulanjango

El viaje del águila

Gill Lewis

Ilustraciones
de Javier Olivares



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Kulanjango

El viaje del águila

Gill Lewis

Ilustraciones de Javier Olivares



Primera edición: agosto de 2011

Cuarta edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Xohana Bastida

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Sky Hawk*

Traducción del inglés: Gloria Pujol

Publicado por primera vez en 2011 por Oxford University Press

© del texto: Gill Lewis, 2011

© de las ilustraciones: Javier Olivares, 2016

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8929-0

Depósito legal: M-9182-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

El dibujo de este paisaje está plegado en lo más profundo de su memoria. El águila cabalga sobre las corrientes de aire que se retuercen como torrentes sobre las montañas. Más abajo, los lagos reflejan las nubes y el sol, que descansan en los valles como fragmentos desprendidos del cielo. El frío viento del norte transporta un aroma conocido de pino y brezo. Los valles excavados por el hielo la guían.

Está de vuelta.



● 1

FUI EL PRIMERO EN VERLA: una chica flacucha y pálida tumbada en una roca plana, más allá de los rápidos. Estaba asomada al borde, con un brazo metido en una charca profunda. La espuma del agua se pegaba al borde de sus mangas recogidas y a las puntas de su largo pelo rojizo. Observaba algo en las oscuras sombras del río.

Rob y Euan salieron por un hueco entre los troncos y se colocaron a mi lado, haciendo patinar las ruedas de sus bicis en el camino lleno de barro.

—¿Qué miras, Callum? —dijo Rob.

—Hay alguien allá abajo. Es una chica.

Euan retiró una rama de pino para ver mejor el río.

—¿Quién es?

—Ni idea —contesté—. Debe de estar loca. Tiene que estar helada.

Miré a un lado y a otro de la orilla para ver si había alguien más, pero no vi a nadie. La chica estaba sola.

El río bajaba veloz y estaba crecido por la lluvia. Nació en el lago, que estaba algo más arriba. Aún que-

daba nieve de las últimas tormentas de marzo en los barrancos, y el lago y el río estaban fríos como el hielo.

–Está en nuestro río –refunfuñó Rob.

La chica hundió el brazo aún más y el agua le empapó la manga hasta el hombro.

–¿Qué hace? –dije.

Euan dejó caer la bici.

–Pescar. Eso es lo que hace.

La chica se abalanzó hacia adelante levantando una nube de espuma. Cuando se volvió a sentar, aferraba una enorme trucha que daba coletazos y se debatía entre sus manos mojadas. Se retiró el pelo hacia atrás y por primera vez pudimos verle la cara.

–La conozco –dijo Rob.

Me volví para mirarle. Su rostro se había oscurecido y estaba muy serio.

–¿Quién es? –pregunté, pero Rob ya se había bajado de la bici y se dirigía hacia ella–. ¡Rob! –llamé.

La chica nos vio y trató de ocultar el pez tras la espalda.

Euan y yo corrimos a la orilla del agua siguiendo a Rob. Entre la chica y nosotros se interponía un riachuelo.

–¡Iona McNair! –berreó Rob, y la chica se puso en pie con torpeza.

Rob saltó a la roca y la cogió del brazo.

–Eres una ladrona, Iona McNair, igual que tu madre.

La trucha se retorció y la chica trató de agarrar mejor su cuerpo escurridizo.

–¿Por qué? No estoy robando nada –protestó.

Rob le arrebató el pez y volvió a saltar a la orilla del río.

–¿Ah, no? Entonces, ¿cómo llamas a esto? –dijo alzando la trucha–. Este río es de Callum, así que le estás robando.

Todos me miraron.

–¿Qué dices, Callum? –me interpeló Rob–. ¿Cuál es el castigo por pescar en tu finca sin permiso?

Abrí la boca, pero la voz no me salió.

–No necesito ningún permiso –escupió Iona–, porque no he usado ninguna caña.

–¡Eres una ladrona! –gritó Rob–. Y no te queremos aquí.

Miré a Iona y ella me sostuvo la mirada con los ojos entrecerrados.

Rob arrojó el pez agonizante al suelo y agarró una bolsa de plástico que estaba tirada en la orilla junto a un abrigo.

–¿Qué más tienes aquí?

–¡Deja eso! ¡Es mío! –gritó Iona.

Rob dio la vuelta a la bolsa y de ella cayeron un par de deportivas viejas y un cuaderno. Recogió el cuaderno y le sacudió el barro. Iona cruzó de un salto el riachuelo y trató de arrebatárselo.

–Devuélvemelo. Es secreto –se mordió el labio como si hubiera hablado demasiado. Le temblaban las manos, y tenía los brazos y los pies azulados del frío.

–Devuélveselo, Rob –dije.

–Venga –me apoyó Euan–. Vale ya, Rob, vámonos.

–Esperad un segundo –respondió él hojeando el cuaderno–. A ver qué secreto trata de esconder.

Iona se lanzó a por el cuaderno, pero Rob lo sostuvo en alto fuera de su alcance.

–¿Cuál es tu secreto, Iona? –se burló.

Las páginas revoloteaban con el viento. Pude distinguir algunos dibujos de animales y pájaros y muchas anotaciones. Una de las páginas se abrió del todo, mostrando un dibujo del lago en grises y púrpuras.

Iona saltó y logró arrebatarse a Rob la presa. Se dio la vuelta y volvió corriendo a su roca.

–¡Nunca te lo diré! –gritó–. ¡Nunca!

Rob dio un paso hacia ella.

–Eso lo veremos.

Iona lo miró con orgullo y determinación.

–¡Déjalo ya, Rob! –grité.

Euan intentó sujetarlo, pero Rob se lo quitó de encima.

–¿Cuál es el gran secreto, Iona? –insistió, lanzándose hacia ella.

Iona tomó impulso y trató de saltar hasta la orilla más lejana; era un salto imposible, y lo único que consiguió fue resbalar en la roca mojada y caer dando tumbos a una charca profunda. El bloc salió volando de sus manos y dio varias vueltas en el aire antes de caer en la rápida corriente y perderse de vista. Iona salió como pudo del río y subió la pendiente hasta desaparecer en el pinar. El río siguió avanzando entre nosotros, valle abajo, llevándose muy lejos el cuaderno y los secretos de Iona.